

solador; ni que ellos, destituídos del socorro de todos, pueden resistir á sus violencias; y alabe más á los muertos que á los vivos, y tuve por más feliz que al uno y al otro al que todavía no es nacido, ni ha visto los males que se hacen debajo del sol». ⁽¹⁾ En aquellos tiempos tenía gran semejanza con la de los paganos la manera de considerar el mundo. «He visto todo lo que existe sobre la tierra, he permitido á mi corazón el goce de todo, he adquirido más posesiones que nadie, pero conozco que todo es vanidad, ¿qué le queda al hombre de todo su trabajo y de toda su sabiduría? ⁽²⁾ El hombre muere como la bestia; no tiene nada más que ella: ¿en qué ventaja el sabio al insensato? ¿no vale más beber y comer? ¿pero quién se hartará de toda clase de delicias como lo he hecho yo? pues todo esto es vanidad; por eso se me ha hecho enojosa la vida, y he tomado la resolución de no atormentarme desmedidamente debajo del sol». ⁽³⁾

Si se hubiera detenido aquí, nos veríamos obligados á ponerle al mismo nivel que á los paganos que no tenían ni consuelo ni esperanza. Sin embargo, reflexiona y se detiene ante este pensamiento: «No hables ninguna cosa temerariamente, ni sea ligero tu corazón para proferir palabra delante de Dios». Y cuando ha puesto fin á sus locas discusiones, y ha podido descansar un poco, se apresura á hacer esta confesión: «Recorrí todas las cosas dentro de mi ánimo para saber y considerar... y sólo hallé esto, que Dios crió al hombre recto, y él se mezcló en infinitas cuestiones». ⁽⁴⁾

Después, vuelve sobre el mismo pensamiento; esto es, que en el recuerdo de la soberana omnipotencia de Dios ha encontrado descanso, valor, y placer en la vida de una manera moderada y durable. «Haz, dice con instancia, cualquiera cosa que pueda hacer tu mano. ⁽⁵⁾ En la maña-

(1) Eclesiastés, IV, 2, 3.

(2) Eclesiastés, I, II, *passim*.

(3) Eclesiastés, III, 19; VI, 8; II, 24, 25, 26, 27.

(4) *Íd.*, V, 1; VII, 30.

(5) *Íd.*, IX, 10.

ña siembra tu simiente, y por la tarde no ceses de sembrar, porque no sabes qué nacerá antes, si esto ó aquello, y si lo uno y lo otro á una, será mejor... Alégrate, pues, mancebo en tu mocedad y en bien esté tu corazón en los días de tu juventud, y anda por los caminos de tu corazón, y por las miradas de tus ojos; pero sabe que por todas estas cosas te traerá Dios á juicio». ⁽¹⁾ «Porque la mocedad y el deleite son cosas vanas, acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud, y se acercarán los años de los que digas: no me placen. Porque irá el hombre á la casa de su eternidad, y le rodearán en la plaza plañidores. Por eso, oigamos todos juntos el fin del discurso. Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el hombre completo». ⁽²⁾

Tal era la manera de discurrir sobre la vida un hombre que, después de haber tenido en el mundo los extravíos de un pagano, ha encontrado en la palabra de Dios la dirección que debía seguir. Pudo dudar; pero jamás desesperó; pudo dudar durante algún tiempo; pero no fué definitiva su duda; el error lo llevó á la verdad, la noche lo condujo á la luz del día.

No sucedió lo mismo entre los Antiguos; entre aquellos llevaba dirección opuesta el camino, iban de la luz del día á las tinieblas de la noche. Comenzaban con frecuencia el camino con gozo, con algún atractivo, hasta con presunción; pero lo terminaban en el fastidio, en el disgusto del mundo, y con frecuencia, por cobardía y por baladronada, en el suicidio. El mismo Sócrates no halló mejor respuesta que dar públicamente á la pregunta sobre si sería la muerte el más grande de los bienes, y precisamente en el momento más ensalzado de su vida, cuando con su última palabra aseguraba su defensa contra sus jueces, y su carrera filosófica entera. ⁽³⁾

No debemos maravillarnos, si corre un velo la antigüe-

(1) Eclesiastés, XI, 6, 9, 10.

(2) *Íd.*, XII, 1, 5, 13.

(3) Platón, *Apolog. Sacrat.*, c. 32, p. 40, *d.* y sig.

dad sobre esta cuestión, afirmando que «el más grande de los bienes es la muerte repentina»,⁽¹⁾ «que el más grande de los beneficios es la vida corta, y que el mayor deseo del hombre es la ardiente aspiración después de la muerte».⁽²⁾

Por el contrario, no hay que atribuir gran importancia á las opiniones de Lessing, cuando, para dar un golpe de revés al Cristianismo, pretende que, sin la revelación, jamás hubiera ocurrido al que se contenta con hacer uso de la razón, la idea de ver en la muerte un castigo.⁽³⁾ En tesis general, admitimos, á pesar de considerar la muerte como el más terrible de los males,⁽⁴⁾ que los antiguos apenas si pudieron ver en ella, aun vagamente, el castigo impuesto á la humanidad por la falta original; pero, como lo confiesa el mismo Lessing, era algo muy sombrío y muy triste considerar la vida como castigo.

Y llegaba á tanto, que muchos filósofos creían poder explicar la condenación á vivir en el mundo por alguna falta cometida antes en la otra vida. Si duro es considerar la muerte como castigo, es más duro aún con seguridad hallar la vida tan vacía de bienes y de goces, que nos sintamos obligados á saludar la muerte como la primera alegría verdadera. Sin embargo, grande y verdadero bien es la existencia. Hacer como los griegos, considerar la vida como un castigo, y con tanta seriedad que se reciba la muerte con la más grande alegría como libertadora de los sacrificios de la vida, no es sólo idea que la razón combate directamente; es más, es disposición enfermiza y contra la naturaleza. Muy diferente es la doctrina cristiana; su lenguaje es natural y conforme á la razón, cuando afirma que es la vida uno de los más grandes bienes, y que el suicidio es un crimen contra la naturaleza.

6. Sufrimientos interiores de los antiguos.—El tan cacareado símbolo de los griegos, tan envidiados hoy, se

(1) Plinio, *Hist. Nat.*, 7, 54 (53), 1.

(2) Plinio, 51 (50), 2.

(3) Lessing, *Wie die Alten den Tod gebilbet* (S. W. Leipzig 1855, V, 335).

(4) Aristóteles, *Ethic.*, 3, 6 (9), 6.

reduce á no reconocer Providencia personal y viviente;⁽¹⁾ sino la mera casualidad, la suerte inexorable, con lo cual era imposible conciliar las ideas opuestas de libertad y necesidad, de mérito y demérito; á tener dioses celosos y hostiles; y con todo esto, dominando el pecado como señor en el corazón del hombre. Ciertamente que también sentían los paganos en su interior esas luchas de que con gusto se quisiera hacer al Cristianismo responsable. Como nos sucede á nosotros, por desgracia, consiguieron también ellos enervar y adormecer la conciencia, considerada en el buen sentido, como voz de Dios y potencia legisladora. Pero ni ellos ni nosotros hemos podido nunca impedir que se despierte la conciencia después de una mala acción. Conocieron bien ellos también la conciencia que castiga y sabe vengarse;⁽²⁾ no se les ocultó esa desgraciada inclinación del hombre á obrar en contra de sus propias convicciones que le muestran el bien; probaron también la desgracia que en justa recompensa imponía á aquella infidelidad una ley inmutable. «Sólo las gentes sencillas, decía Tucídides, pueden negar que tiene el hombre una inclinación que pasa pronto al acto, cuando se trata de violar una ley. Apenas si puede ser refrenada esa tendencia por los más rigurosos castigos».⁽³⁾ Piensa Cicerón que «es inútil invención la fábula de las diosas vengadoras, puesto que los que obran mal, experimentan en su interior bastantes tormentos para asustarlos, inquietarlos y enloquecerlos».⁽⁴⁾ Después, apoyado en Aristóteles, añade todavía: «Hace el mismo papel el interior de cada uno que esos bandoleros que por refinamiento de crueldad atan á cadáveres sus víctimas, haciéndoles perecer así de la manera más horrorosa».⁽⁵⁾ Así nos trata la naturaleza como verdadera madrastra; nos ha colocado en el mundo con

(1) Nægelsbach, *Homer. Theol.* (2), 52, 361; *Nachhomer. Theol.*, 70.

(2) Id., id., id.

(3) Tucídides, 3, 45, 3, 7.

(4) Cicerón, *Pro Roscio*, 24, 67.

(5) S. Agustín, *C. Julian.*, 4, 15, 78 (según el Hortensio de Cicerón).

Aristóteles, *Fragm.* 36.

un cuerpo débil, con una alma entregada á todas las pasiones y á las obstinadas inclinaciones, que nos arrastran á toda clase de maldades.

Pero tan leal como es, en este último pasaje, la confesión de ese vivo pesar interior, tan desleal es la tentativa del orador al querer cargar la culpa á nuestra naturaleza.

Contra semejantes esfuerzos se levanta la voz más sincera de Séneca: «¿Por qué queremos engañarnos á nosotros mismos? no está el mal fuera de nosotros; reina en nosotros, en nuestro interior». (1) Ciertamente, reina ahí por la propia acción y por la propia falta del hombre. Jamás, ni en las más desgraciadas épocas de la antigüedad, pudieron cerrar la puerta los paganos á esa verdad. No fué el Apóstol el primero en decir: «No hago el bien que quiero; hago el mal que no quiero». (2) Ya dicen los *Problemata* atribuidos á Aristóteles que «son muy diferente cosa los pensamientos y las acciones del hombre». (3) Y se lee en Epicteto que «cada pecado lleva consigo un combate, y que el que cae no hace con seguridad lo que quiere». (4) ¿Por qué, pues, acusar á la doctrina cristiana de haber introducido esta revolución en el corazón? ¿por qué decir que ella es la que ha impuesto al hombre esta falta? Si hasta el ligero Ovidio se ve obligado á confesar que «él ve el bien y lo desea, y se abandona al mal»; (5) si el cómico Africano dice sin rodeos: «Cuando me siento disgustado por algo, ardo en deseos de conseguirlo; corro á la ruina con los ojos abiertos, y con perfecta conciencia de mi acción», (6) ¿quién podrá dudar que una herida incurable dejó profundas lesiones en el corazón pagano? ¿Quién no sabe también que no hay deslealtad de la filosofía capaz de ser ocultada al ojo de la inteligencia, ninguna li-

- (1) Séneca, *Ep.*, 50, 1, 4.
- (2) Romanos, VII, 19.
- (3) *Problem.*, 30, 12.
- (4) Epicteto, 2, 26, 1.
- (5) Ovidio, *Métamorph.*, 7, 19.
- (6) Terencio, *Eunuch.*, 1, 1, 26 y sig.

cencia capaz de hacerla más soportable, ninguna ligereza de espíritu capaz de relegarla á perpetuo olvido?

Sí, el pagano, y el pagano sobre todo, estaba lejos de poseer en su corazón armonía completa; también él sentía la discordancia en su interior. Los dos corceles que Platón creía enganchados delante del alma, y de los cuales el uno es noble y de fácil dirección, mientras que el otro tiene los ojos de fuego, respira tenacidad, y parece que no sueña sino con ardides; (1) las dos almas que vió en sí claramente Jenofonte, y de las cuales le arrastraba al mal la una cuando tomaba ventaja, mientras que le conducía al bien la otra, (2) ¿qué quiere decir, sino que hay en el corazón un desacuerdo que no creó, sino que encontró ya el Cristianismo?

Ya había reconocido Eurípides que «la causa de nuestros males proviene precisamente de que, mejores nuestros pensamientos que nuestra voluntad, sucumben, cuando los arrastra la voluntad que quiere hacer el mal». (3) Halla el cínico Crates de Tebas que debe imputarse á nuestra inclinación al mal la culpa de nuestras malas acciones; residiendo en nosotros esa inclinación como reside «la pepita en medio de la granada». (4) Injustos son, en verdad, los ataques dirigidos contra el Cristianismo, y que parten de este punto. Si dijo el Verbo de Dios: «Los enemigos del hombre son sus mismos domésticos», (5) se le dice: «Ved el perturbador de la paz y del reposo». Pero si escribió también el estoico: «Quien quiera adelantar, debe ir mirando delante de sí, como si marchase delante de un enemigo»; (6) y si cantó el poeta: «El hombre es para sí el mismo demonio», se encuentra esto poco ofensivo, y no se cansa de admirar tranquilidad tan grande, y de acusar al Cristianismo de habernos privado de aquella paz celestial en

- (1) Platón, *Phædrus*, 34, p. 253; Trendelenburg, *Beiträge* II, 140 y sig.
- (2) Jenofonte, *Cyrop.*, 6, 1, 41.
- (3) Eurípides, *Medea*, 1078 y sig.
- (4) Diog. Laert., 6, 89.
- (5) Mich., VII, 6.—S. Mateo, X, 36.
- (6) Epicteto, *Manuale*, 3, 48, 3.

que vivían los paganos. ¿Puede darse á esto otro nombre que doble peso y doble medida?

7. ¿De dónde venían sus fiestas exteriores?—Pero se nos objeta: imposible hacer tan triste como queréis una religión que honra á los dioses con juegos. ⁽¹⁾ No tenemos motivo alguno para hacer que esta religión quede más aniquilada de lo que estaba. Sin hablar de las numerosas expiaciones sangrientas, tuvieron también los griegos, y en sus mejores tiempos, los sacrificios humanos, lo mismo los sombríos cartagineses, los cananeos, los mejicanos y los romanos, aun en tiempo de César, de Augusto y de Cómodo. ⁽²⁾ Posible es que al lado de esto, celebrasen las fiestas con espléndida magnificencia. Nadie, creemos, es tan tonto que no comprenda que celebrar fiestas y ser feliz son dos cosas tan diferentes, que distan centenares de leguas la una de la otra. Para quien conozca el corazón y el mundo, no puede ser un misterio que el número y el esplendor de nuestras ceremonias profanas aumentan ordinariamente en proporción al vacío y á la falta de consuelos que hay entre nosotros. Lo mismo en la Judea ⁽³⁾ que en Grecia y Roma ⁽⁴⁾ repetían los epicúreos: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos». En Egipto, llegaban hasta llevar al rededor de la mesa, durante los banquetes la imagen de la muerte, para que á su vista se excitase más y más el apetito. ⁽⁵⁾ Era una costumbre que

(1) Lecky, *Sittengeschichte, deutsch von Jolowicz*, 1870, I, 187.

(2) Forbiger, *Hellas und Rom.*, 1878, V, 15, 39, 82, 101. Schœmann, *Griech. Alterthümer*, 1859, II, 223, 227, 443, 449. Nœgelsbach, *Nachhomer. Theol.*, 196-200. Pauly, *Realencykl. des class. Alterthumswissensch.*, VI, 430, 661, 669; III, 859. Wachsmuth, *Hellen. Alterthumskunde*, II, II, 224-228. O. Müller, *Orchomenos und die Minyer* (2), 162. Hermann, *Gottesdienstl. Alterthümer der Griechen*, (2) II, 157. Lasaulx, *Studien*, 244 á 249. Limbourg-Brower, *Histoire*, VI, 217 y sig.; *Etat*, II, 535 y sig. Scholz, *Goetzedienst und Zauberwesen*, 444 y sig. Sepp, *Heidenthum*, II, 108-139. *Beispiele aus der spätromischen Zeit bei Lubbock, Entstehung der Civilisation*, v. Passow, 305.

(3) Is., XXII, 13; Eccl., V, 17; Sap., II, 6; I Cor., XV, 32.

(4) Horat., *Sat.* 2, 6, 93 y sig.; *Carm.* 1, 7, 34 y sig.; 18, o; 2, 11, 17, *Ep.* 1, 11, 23; Pers., 5, 151 y sig. *Antholog. Palat.*, 7, 32, 452; 11, 23, 25, 28, 53, 55, 60, 62 etc.

(5) Herodoto, 2, 78. Plutarco, *Conviv.*, 7; *Sap.* 2; *Is. et Osir.*, 17. Uhle-

acusaba un sentimiento general, porque se halla casi por todas partes; entre los romanos en sus peores tiempos, ⁽¹⁾ entre los árabes ⁽²⁾ y entre los mejicanos. ⁽³⁾ Si no todos tenían pensamientos tan bajos, no puede, sin embargo, negarse que los más nobles espíritus venían simplemente á parar á este principio: «Dejadnos celebrar fiestas, hermo-sear la vida; no pensemos en la muerte; vendrá siempre demasiado pronto».

¿Qué conclusión podemos sacar de aquí? ¿Qué vivieron los antiguos sobre la tierra tan felices como quieren persuadirnos nuestros humanistas? La mayor parte de los antiguos, si vivieran hoy, se burlarían de idea semejante. Puede darnos la necesaria explicación uno de sus más grandes hombres. Vivió en el período más brillante, contempló á Júpiter Olímpico, la felicidad más grande que pretendió conocer la Grecia: tomó parte en los juegos de las olimpiadas, y anduvo en el cortejo de las hadas en las solemnes procesiones de las panateneas. Era él mismo una naturaleza poética de las más entusiastas. Hablamos de Platón. Y Platón indica ya este rasgo de los criminales que tratan de hacerse agradables los días que preceden á la ejecución del juicio comiendo, bebiendo y abandonándose á los más tristes placeres. ⁽⁴⁾ Créase en hora buena que es señal infalible de paz del alma ese eterno deseo de volar de fiesta en fiesta; no salimos fianza de semejante ilusión. Manifestó ya San Agustín la verdad psicológica que se desprende de tales hechos, cuando dijo: «Esas inclinaciones revelan un espíritu de gladiador». ⁽⁵⁾ Nosotros lo llamaríamos hoy buen humor de condenado á muerte ó aplomo de pobre diablo.

mann, *Egypt. Alterth.*, II, 285. Maspero-Petschmann, *Geschichte der morgenländischen Völker*, 41. Scharpe-Gutschmid, *Geschichte Egyptens*, (2) I, 124. Dunker, *Geschichte des Alterthums*, (3) I, 182.

(1) Petron., 34.

(2) Kremer, *Culturgesch. des Orients unter den Chalifen*, II, 352 y sig.

(3) Wuttke, *Geschichte des Heidenthums*, I, 286.

(4) Platón, *Phædon*, 65, p. 116, e.

(5) S. Agustín, s. 20, 3; *in psalm.*, 70, 1, 1; *gladiatorius animus*.

En todos los tiempos, los que se consideran perdidos, sin esperanza y sin remisión, se han mostrado insensibles y tranquilos en presencia de lo inevitable, ó trataban de ahogar en todos los placeres ó en todos los desórdenes los últimos momentos de su existencia; y siempre y por todas partes se halla el mismo fenómeno. Tanto más aumentan las fiestas y diversiones exteriores, cuanto menos bien se encuentra el hombre interiormente. ⁽¹⁾

8. Juicios que han formado los conocedores de la antigüedad.—Lejos, pues, de encontrar en la vida de los antiguos esa armonía, esa felicidad y esa perfección de que constantemente nos hablan sus panegiristas sin poderes, debemos dar, por el contrario, testimonio de la verdad, y decir con uno de los más grandes conocedores de la antigüedad: «No desconocemos la grandeza y la sublimidad en la historia de los helenos; la admitimos: tenían muchas cosas mejores que nuestros Estados, que en el Imperio romano corrompido hasta la saciedad, y que en el Oriente servilmente sometido; pero tenían también muchas cosas peores que las nuestras. En todo el ideal de la antigüedad no se ven más que la estrechez de espíritu ó la ligereza». La glorificación de lo pasado y el tedio ó fastidio que tantas veces nos hace probar el mundo en medio del cual vivimos, están fundados en la falta de equilibrio de las facultades, ó en el egoísmo que tiene en poca estima lo presente de que se ve rodeado y que considera los antiguos héroes como los únicos compañeros dignos de su imaginaria grandeza.

Se enseña muchas veces el lado bonito de la medalla, dejando el reverso en las sombras. Examinad el interior de la vida helénica, en el Estado y en las relaciones de familia, y encontraréis hasta en las más ilustres ciudades, entre las cuales debemos contar sin duda á Atenas, una profunda corrupción moral que destruía al pueblo hasta la médula. Las formas de Estados libres, y los pequeños grupos independientes en que estaban fraccionados los

(1) S. Agustín, *in psalm.*, 33, 2, 8.

pueblos, fueron causa de una vitalidad que se manifestó en diferentes formas, pero al mismo tiempo fueron causa de pasiones, de errores y de innumerables iniquidades.

Descontando los grandes genios que se bastaban á sí mismos, porque en la profundidad de su corazón encerraban todo un mundo, se sabe que la plebe no conoció ni el amor ni el consuelo que derramó en los corazones de los hombres una religión más pura. Y en medio del brillo de sus talentos y entre las flores de su libertad eran más desgraciados los helenos de lo que muchos creen; llevaban consigo el germen que había de hacerlos perecer; cuando está podrido el árbol basta con empujarlo. ⁽¹⁾ Así habla Boeckh.

En los mismos términos se expresa Fiedländer. Está muy generalizada la opinión de que para los hombres de la antigüedad llegó esta vida á un grado de elevación superior á la de los cristianos, porque no podían tener ni tan firmes ni tan claras esperanzas como estos en el *más allá*. Pero desgraciadamente, no confirman esta opinión las impresiones que dejan las literaturas griega y romana. Muy antiguos son el placer innato que experimentamos ante la eternamente nueva magnificencia del mundo, lo mismo que el gozo de vivir que se apodera de nosotros ante el espectáculo de la grandeza y de la belleza de la vida humana; pero no son sino un polo de la antigua manera de concebir el mundo. En frente se encuentra el otro polo; es la resignación que brota del profundo sentimiento de la miseria humana, de la falta de auxilio humano, y cuyas manifestaciones, ya dolorosas, ya llenas de sumisión, asemejanse á un largo hilo rojo que cruza toda la literatura antigua. Pareció á Homero sin consuelo el pensamiento en otro mundo, ó más bien lo imaginó así él, é hizo decir al más elevado de los dioses: «De todo cuanto respira y se arrastra por la tierra, el más digno de compasión es el hombre». Pero creía Homero, que en la mansión de Júpiter había dos bocoyes, uno que contenía los bienes, y el otro los males; los que le sucedieron, imaginaron dos bo-

(1) Boeckh, *Die Staatshaushaltung der Athener*, (2) I, 791 y sig.